

---

# Pedagogía del don. Relación y servicio en educación

## *Pedagogy of the Gift. Relationship and Service in Education*

---

**XUS MARTÍN GARCÍA**

Universidad de Barcelona  
xusmartin@ub.edu  
<https://orcid.org/0000-0003-4404-1026>

**MÓNICA GIJÓN CASARES**

Universidad de Barcelona  
mgijon@ub.edu  
<https://orcid.org/0000-0002-2696-6415>

**JOSEP M<sup>a</sup> PUIG ROVIRA**

Universidad de Barcelona  
joseppuig@ub.edu  
<https://orcid.org/0000-0002-0168-6628>

**Resumen:** Apoyándonos en la teoría del don de Marcel Mauss, se presenta una manera de entender el lazo social que nos ayude a explicar la formación de las personas como sujetos morales. Tras exponer los interrogantes que subyacen en nuestra reflexión, se indican los métodos que nos han permitido elaborar la propuesta. El objetivo del artículo es dar a conocer y contribuir a incorporar los dinamismos del don –la relación y el servicio a la comunidad– en el ámbito educativo. Este se desarrolla a partir de dos ideas: que el don es un dinamismo formativo esencial y que una educación completa requiere un doble ciclo de don: de los educadores a los educandos y de estos a la comunidad. Por último, se presenta una propuesta metodológica apropiada para trabajar cada ciclo de don: la tutoría y el aprendizaje servicio.

**Palabras clave:** Don, Educación en valores, Aprendizaje servicio, Ciudadanía.

**Abstract:** Based on Marcel Mauss's theory of the gift, a way of understanding the social bond which helps to explain the formation of people as moral subjects is presented. After presenting the questions that underlie our reflection, the methods used to prepare the proposal are explained. The aim of the article is to raise awareness and contribute to the incorporation of the dynamisms of the gift –its relationship and service to the community– in the field of education. This is based on two concepts: that the gift is an essential formative dynamism and that a well-rounded education demands a two-way gift cycle: from teachers to students and from the latter to the community. Finally, an appropriate methodological proposal is presented to work on each cycle of the gift: the tutorial and service learning.

**Keywords:** Gift, Education in Values, Service Learning, Citizenship.

## INTRODUCCIÓN

Hay interrogantes que se plantean de manera recurrente cada cierto tiempo. En el ámbito de las disciplinas sociales preguntarse por el origen del lazo social y de la convivencia es algo corriente, aunque no sea una cuestión cerrada. Por otra parte, que la pedagogía se pregunte por cómo educar moralmente y formar ciudadanos tampoco es nuevo, pero no podemos dar estas preguntas por definitivamente contestadas. ¿Por qué ese volver una y otra vez sobre los mismos temas? Primero, porque siempre es posible mejorar las respuestas sobre la construcción de la sociedad y la formación de ciudadanos. Pero también volvemos a ellas porque, más allá de las ideas que cada cual sostenga, lo que en un momento fue una respuesta aceptable ahora puede haber dejado de serlo. Y todavía más, quizás volvemos a formular las mismas preguntas porque las respuestas anteriores se basaban en supuestos que hoy nos parecen desacertados. Pensar los mismos temas desde otras posiciones puede conducir a respuestas mejores, aunque sabemos que dar el calificativo de mejor no siempre es algo ni fácil ni evidente. Pues bien, en lo que sigue intentaremos mostrar que la convivencia y el lazo social pueden explicarse acertadamente a partir de la teoría del don (Mauss, 2009) y que la formación de la moralidad y la ciudadanía también pueden desarrollarse de un modo más acertado a partir de la idea de don.

## METODOLOGÍA

La aportación que aquí presentamos, *Pedagogía del don. Relación y servicio en educación*, surge como parte del trabajo realizado por los autores durante los últimos tres años. Desde una aproximación cualitativa hemos abordado la Pedagogía del don a partir de dos instrumentos básicos: el análisis bibliográfico y la investigación participativa.

El *Análisis bibliográfico* lo hemos centrado en las teorías del don que, a partir de la contribución de Marcel Mauss, han desarrollado distintos autores. Aportaciones originarias de otros ámbitos del conocimiento –en especial de la antropología y de la sociología– nos han ayudado a elaborar la propuesta pedagógica que aquí ofrecemos.

La *Investigación participativa* la hemos realizado en entidades socioeducativas que trabajan con población vulnerable. En concreto, en tres entidades que atienden a adolescentes en riesgo de exclusión social –Centro Educativo Esclat-Bellvitge (L’Hospitalet), Associació SaóPrat (Prat de Llobregat), Salesianos-Centro Educativo Cruïlla (Barcelona)– y en una entidad que acoge a mujeres víctimas de trata, Fundación SicarCat-Adoratrices (Barcelona).

Fruto de nuestro estudio han surgido algunas publicaciones (Martín, Puig y Gijón 2017; Gijón 2017; Martín, 2018) que preceden y sustentan las ideas expuestas en este artículo. Sin embargo, en lo que sigue no vamos a presentar los resultados directos del trabajo de campo, sino las reflexiones teóricas que nos han de permitir dar a conocer y contribuir a incorporar los dinamismos del don –la relación y el servicio a la comunidad– en el ámbito educativo.

### TEORÍA DEL DON

En cierto modo, podemos decir que nuestro deseo es responder a la pregunta por cómo lograr hoy una educación realmente humana. Sin embargo, queremos hacerlo distanciándonos tanto de las tesis que explican la educación como el resultado de la acción coercitiva de las normas sociales, como de las explicaciones basadas en el interés individual y el cálculo de lo más conveniente para cada sujeto (Becker, 1984). Tales posturas olvidan que dar y ayudar a los demás pueden ser también un dinamismo formativo muy efectivo (Kropotkin, 2016; Waals, 2011, 2007; Dugatkin, 2007; Tomasello, 2010). Por lo tanto, vamos a pensar el lazo social y la formación humana más allá del poder y del interés: lo haremos a partir de la idea de don que nos propuso Mauss.

#### *Ni holismo ni individualismo*

Cuando nos preguntamos por la génesis del lazo social o por la formación de los ciudadanos de una comunidad, lo canónico es afirmar que contamos con dos grandes tipos de respuesta, dos paradigmas: uno holista y otro individualista (Caillé, 2007b, pp. 9-24). La posición holista, que ha tenido concreciones de muy diversa naturaleza, considera que la acción de cada individuo expresa o actualiza los criterios de una totalidad que existe antes que ellos, entiende que ese todo preexistente es lo único real y que de él derivan las normas de comportamiento que se imponen en la vida de cada sujeto. También su formación reflejará los principios propios de la colectividad e influirá sobre los métodos mediante los cuales se lleva a cabo el proceso formativo. Esta postura resalta el protagonismo del todo por encima de las individualidades y también del sentimiento de obligación como motivo último de la acción y de la formación. Las posturas holistas han dominado en las sociedades tradicionales, pero más recientemente también han tenido manifestaciones de naturaleza política, como ocurrió por ejemplo con los regímenes comunistas. Asimismo, desde una perspectiva teórica, el comunitarismo (Mulhall y Swift, 1996), por citar un solo ejemplo, ha defendido la existencia de una comunidad real que

antecede y da forma a los individuos concretos. Aunque, como puede verse, una y otra vez reaparecen posturas de esta naturaleza, desde la modernidad se ha dado mayor relieve al individualismo.

Por el contrario, el paradigma individualista entiende que tan solo son reales los individuos autónomos y movidos por alguna disposición propia cuyo desarrollo les permitirá formarse a sí mismos y articular una sociedad. Entre las posturas individualistas destacan con un protagonismo casi absoluto las teorías utilitaristas (Mill, 2002; Bentham, 2008). Consideran que los individuos se mueven guiados únicamente por su interés egoísta y que tal proceder acabará siendo bueno para todos. En realidad este modelo combina cuatro tesis: 1) los sujetos se comportan racionalmente y buscan optimizar sus resultados; 2) lo más razonable que puede perseguir un individuo es su propio interés; 3) la búsqueda del propio interés desembocará necesariamente en el mayor beneficio para la colectividad y 4) todo lo que se refiere al bien y al bienestar es calculable y comparable; por lo tanto, es posible establecer qué comportamientos producen la máxima utilidad en orden a la persecución del bien y del bienestar (Godbout, 2007, pp. 27-31; Escalante, 2016). El utilitarismo entiende al *Homo sapiens* exclusivamente como *Homo economicus*; un sujeto movido por su interés y por la obligación de competir y de someterse a las exigencias del mercado. Una antropología que, por otra parte, exige libertad para decidir qué es lo que conviene a cada individuo sin ningún tipo de imposición, y también libertad sin limitación para emprender proyectos en busca del mayor beneficio posible (Hayek, 2008). Desde una perspectiva educativa, se trata de educar para una elección libre e individual de los propios valores y para competir con éxito en la vida profesional. Este utilitarismo, visto como persecución del interés individual, se ha convertido en teoría hegemónica en el ámbito de las ciencias sociales.

La teoría del don se distancia tanto del holismo que sobrevalora la obediencia a la norma social, como del individualismo que exalta el interés y la libre elección. Reconoce tanto el momento de adaptación a la sociedad, como el de búsqueda de beneficio personal, pero se opone a absolutizar cualquiera de los dos. La teoría del don quiere pensar el lazo social más allá de la imposición normativa y más allá del acuerdo contractual, y entiende que el núcleo de la sociedad y la personalidad podemos encontrarlo en el don (Caillé, 2003). Junto al poder y el interés descubrimos la fuerza del don como verdadero productor de convivencia, individualidad y comunidad. La tesis que defendemos es que resulta imposible convivir sin reciprocidad y sin relaciones de confianza, altruismo, cuidado y cooperación. No hay sociedad sin don y no hay educación sin entender que el don de los educadores y la capacidad de dar de los educandos son momentos necesarios en el proceso de construcción de la personalidad y de la ciudadanía.

*Dar, recibir y devolver*

El origen de la teoría del don se encuentra en la obra de Marcel Mauss (2009), *Ensayo sobre el don*, cuyo original es del año 1924. A partir de una amplia información antropológica y etnológica, describe varias manifestaciones de la voluntad humana de donar, un comportamiento común a diferentes culturas, aunque se manifieste de formas diversas. Una obra presidida por la convicción de que la especie humana tiene tanto o más deseo de ofrecer favores que de recibirlos, y que esa disposición a prestar servicios permite trabar relaciones y construir formas de convivencia positivas. Una idea que nuestro autor extrapoló a su realidad para abogar por la implantación de múltiples formas de solidaridad y cooperación entre trabajadores (Giobellina, 2009). Sin embargo, la obra de Mauss fue olvidada, quizás porque el espíritu de la época no supo percibir la fuerza del don y se impuso la idea de que la única motivación humana cierta es la lucha para que los intereses de cada individuo prevalezcan por encima de cualquier otra consideración (Caille, 2007b, pp. 27-44).

En qué consiste el don, este núcleo antropológico opuesto al interés y la competición. El don se define como “cualquier prestación de bienes o de servicios efectuada, sin garantía de devolución, con vistas a crear, alimentar o volver a crear el lazo social entre personas” (Godbout, 1997, p. 32). Sin embargo, el don no es un acto puntual, sino que es un ciclo que se compone de tres elementos: dar, recibir y devolver. El ciclo se inicia con el acto de dar mediante el cual un sujeto, de manera libre y sin esperar nada a cambio, realiza una acción en beneficio de otra persona o del conjunto de la comunidad. El segundo momento consiste en la aceptación del don por parte del sujeto o la comunidad receptora, una actitud que supone dejarse ayudar –algo no siempre sencillo–, abrirse a la relación con el donante y hacerlo sin sentirse ni presionado ni humillado. Finalmente, aunque el don no exige devolución, el receptor se siente en deuda y desea devolver al donante el favor recibido. Un deseo de devolución que vivirá como afirmación personal y no como penosa obligación (Caillé, 2014, pp. 37-42). Los momentos del dar, recibir y devolver son libres y gratuitos, pero también responden a la exigencia que sienten en cada momento sus protagonistas.

Si miramos con algo más de atención el ciclo del don, nos damos cuenta de que es una de las maneras que tiene la sociedad para conseguir que circulen los bienes y los servicios entre sus miembros (Godbout, 2007). Los intercambios mercantiles mueven lo que se contrata en el mercado, el Estado redistribuye en forma de prestaciones parte de la riqueza del país y, finalmente, el don constituye una tercera forma, gratuita, de transferir bienes y servicios de un punto a otro de la sociedad. Un modo de hacerlo que en ciertos ámbitos y momentos resulta del todo

imprescindible, aunque a menudo quede oscurecido por la visibilidad interesada del Estado y del mercado.

Pese a ser una forma de circulación de bienes y servicios, lo que da mayor trascendencia social y formativa al don no es aquello que se transfiere, sino lo que significa el mismo acto de dar, así como también el significado incorporado a la cosa dada. La importancia del don no reside en la materialidad de lo que circula, sino en su poder simbólico, en lo que viene a decirnos, en lo que desvela, expresa y, al fin, es capaz de crear (Caille, 2007b, pp. 183-218; Godelier, 1998). El don mejora la sociedad por la ayuda que ofrece, pero principalmente la mejora porque produce humanidad gracias a su fuerza simbólica. Por este motivo decimos que el don, yendo más allá de la materialidad de la cosa dada, regula antagonismos, empodera, despierta agradecimiento, incorpora a la colectividad y crea comunidad. El don es un símbolo que, gracias al lazo social que anuda, hace sociedad y da forma al modo de ser de sus ciudadanos. En palabras de Chanial (2008), “el don es a la vez fuerza de asociación, de socialización y de individuación. Al dar, el donante se da a sí mismo, afirma su individualidad, el valor de su persona, mientras se convierte simbólicamente en un miembro de una totalidad social que contribuye con su gesto a instituir” (p. 31). El don actúa como operador simbólico que crea lazos sociales entre los sujetos, restaura y refuerza sus relaciones, crea comunidad y forma la personalidad de sus miembros.

El don crea lazo social, comunidad y personalidad porque supone reconocimiento recíproco de los implicados (Caillé, 2007a). Reconocer es atribuir valor y dignidad al otro, algo que se activa en los diferentes momentos del ciclo del don. Tanto en el acto de dar, como en el de devolver, se expresa reconocimiento por el otro. No se da ni se devuelve sin antes reconocer al otro y considerarlo merecedor de recibir su ayuda. En situaciones de disimetría, como ocurre en educación, veremos con claridad que el educador reconoce al educando como alguien con valor intrínseco a quien se desea ayudar, pero una relación educativa lograda exige también que el educando reconozca al educador como alguien que merece su respeto. Doble reconocimiento que, en realidad, se manifiesta en todas las relaciones sociales que huyen del menosprecio y dan valor completo a las personas.

Por último, debemos abordar la ambivalencia que siempre arrastra el don, el motivo por el cual se afirma que el don es una acción, a la vez, desinteresada e interesada. El don supone por parte del donador una actitud libre y desinteresada, quien da lo hace sin presión y sin esperar devolución. Una intención que difícilmente se puede captar empíricamente, pero que existe (Descombes, 1996). No obstante, el desinterés del donante no impide que el receptor se sienta obligado a devolver, una conducta que realiza porque la desea. Nadie le pedirá que devuelva

nada, pero necesita devolver (Godbout, 2013, pp. 33-52). Esta conducta de reciprocidad quizás no sea esperada por parte de quien ha dado, pero la conoce de antemano de manera suficiente como para prever que ocurrirá. El don puro, el don sin atisbo de devolución, no es necesario ni frecuente (Derrida, 1991). El don tiene dos caras: es desinteresado porque no se basa en una relación de mercado y es interesado porque cabe suponer que, como ocurre tan a menudo, habrá retorno. En cierto modo, Caillé (2007b) da una dimensión más amplia a esta decisión cuando afirma que el don no es desinteresado, sino que “otorga el privilegio a los intereses de la amistad (de alianza, de amor, de solidaridad, etc.) y de placer y/o creatividad sobre los intereses instrumentales y sobre la obligación o la compulsión (...). El regalo no debe pensarse sin interés o fuera de él, sino en contra del interés instrumental” (pp. 126-127). Quien entrega algo sabe que puede recibir una devolución, aunque no tiene ninguna seguridad de que vaya a ocurrir. Y sabe también, y ahí radica su interés no egoísta, que dar crea las condiciones para mejorar las relaciones personales y la vida comunitaria.

### *Don y socialización*

Cerraremos esta aproximación a la teoría del don, que nos servirá para esbozar una pedagogía, viendo el papel del don en los distintos niveles de socialización (Godbout, 1997). Es habitual decir que el ámbito propio del don es la socialización primaria o, por extensión, las situaciones de relación cara a cara. Veremos que no es el único espacio, pero que es fundamental para alcanzar un correcto desarrollo personal, en especial por lo que se refiere a la adquisición de hábitos de cuidado, cooperación y convivencia con las personas próximas. La relación educativa forma parte de este primer nivel de socialización basada en el afecto y la familiaridad.

En la socialización secundaria los sujetos entran en ámbitos amplios de relación, espacios donde el dinamismo de las relaciones cara a cara no permite conocer a todos los miembros de la colectividad. En estos espacios de socialización el don no desaparece, sino que se convierte en el don a extraños, un don que se ofrece a desconocidos o al conjunto de la comunidad. Con todas las variantes y excepciones imaginables, muchas formas de voluntariado son la concreción del don en ámbitos de socialización secundaria. Se trata del don que nos convierte en ciudadanos abiertos a participar en la comunidad para mejorarla, en ciudadanos capaces de imaginar una colectividad que nunca podrán abarcar en su totalidad.

Finalmente, se va abriendo paso una tercera forma de socialización, que algunos han llamado terciaria o virtual (Caillé, 2014, pp. 73-75). Se trata de sobrepasar la propia comunidad para ofrecer algo a la comunidad universal, o bien a alguna

comunidad alejada y distante de la propia. Desde la participación en las redes, con ejemplos como la Wikipedia, hasta los proyectos de las organizaciones no gubernamentales, se va formando una red de espacios globales de don. En última instancia el receptor no es solo un desconocido, sino alguien que no pertenece a la propia comunidad, o quizás el receptor es la humanidad en su conjunto. Participar en este tipo de actividades es fundamental para adquirir conciencia de formar parte de la humanidad y ser capaz de reconocer que muchas dificultades solo se podrán vencer con una visión y una acción global. Se trata de una nueva forma de ciudadanía, que bien puede llamarse global o cosmopolita.

En síntesis, el don actúa en la socialización primaria, secundaria y terciaria creando humanidad, ciudadanía y sensibilidad universal. Si esta afirmación es correcta, no debe extrañar que consideremos el don como un mecanismo formativo esencial, que nos ayudará a entender la formación de la personalidad y la idea de ciudadanía.

#### DOBLE DON EN LA PEDAGOGÍA

Las investigaciones referidas al inicio nos han permitido sistematizar los dinámicos educativos en los que se concreta la donación, la relación y el servicio a la comunidad. Elementos que con frecuencia se abordan por separado, pero que, analizados en conjunto, conforman un ciclo pedagógico que hemos denominado de doble don (Martín, Puig y Gijón, 2018). Diferentes tradiciones pedagógicas se han acercado a la influencia de la relación y al desarrollo de acciones comunitarias y trabajo colectivo. Sin embargo, lo que resulta ahora novedoso es el lugar central de ambas como dinámicos principales de una pedagogía del don. Los resultados de la investigación participativa nos han permitido constatar que el don en la educación se pone en juego por un mecanismo doble, que comienza con la donación de los educadores a los jóvenes y sigue con la aportación de éstos a la comunidad. Dos ciclos de donación complementarios –relación y servicio– que constituyen una vía formativa de alto impacto en los jóvenes y que nos permiten pensar que la pedagogía no concluye hasta que los jóvenes se convierten en donadores.

Bajo esta óptica la educación se aleja de lógicas competitivas y meritocráticas. Concibe el aprendizaje, la excelencia y el desarrollo de virtudes desde la participación en procesos de donación, recepción y devolución que permiten a las personas madurar y convivir. La formación humana tiene más que ver con la contribución a diferentes cadenas de altruismo que con la conquista solitaria de la autonomía. En ese sentido, la pedagogía debe orientarse hacia procesos de ayuda mutua y de contribución a la comunidad por medio de la relación y el servicio.

*Relación y don: la donación como naturaleza de la relación educativa*

La pedagogía del don comienza con un ciclo de donación que impulsan los educadores. Estos se implican en acciones en favor de los jóvenes y lo hacen estableciendo relaciones que responden a una lógica de dignidad y reconocimiento.

Los educadores ofrecen bienes y herramientas culturales –contenidos, saberes técnicos, competencias y valores– que para ser recibidos requieren el establecimiento de relaciones de confianza, cuidado y comprensión. Para que la donación sea efectiva, el educador debe acoger al joven, implicarse y transmitir con afecto que confía en él. Trasladarle que está implicado en esa relación para ayudarlo e impulsar procesos que le permitan madurar y salir adelante. En definitiva, una pedagogía del don requiere que el educador crea en el joven y se comprometa con su proceso formativo.

De igual modo, para que el ciclo de donación sea efectivo, los jóvenes deben poder recibir e integrar el bien que les es entregado, tanto bienes culturales como aquellos bienes simbólicos que apuntan a la dignidad y al reconocimiento. Abrirse al encuentro con el educador y aceptar el don que éste les entrega. Una operación que no es inmediata y no responde a una lógica instrumental. Es más parecida al establecimiento de una alianza única que requiere tiempo para conocerse, proximidad para experimentar cuidado y una cierta familiaridad para comprobar la sinceridad del educador. Aspectos que conducirán a una relación de franqueza y respeto cuando el joven pueda asegurarse que el adulto no le va abandonar, pueda expresarse con naturalidad ante él y sea capaz de confiarle los sueños que constituyen su proyecto vital (Rogers, 2002).

Cuando se ha aceptado y recibido un don, el joven siente la necesidad de devolverlo. Un retorno que, en clave pedagógica, se expresa en el respeto y reconocimiento hacia los educadores, en la disposición a aprender y aceptar indicaciones del adulto y en la complicidad cuando comparten confidencias y aspectos de la cotidianidad. La devolución permite consolidar la alianza con el educador. Este ciclo sitúa la donación en el centro de la relación educativa, que no se reduce a tareas de acompañamiento por parte de los educadores. Cuando esta se orienta al intercambio, la recepción y el retorno de bienes simbólicos, su dimensión educativa se torna una alianza de responsabilidad y mutualidad (Lévinas, 2000). Un proceso que requiere de los educadores altas dosis de sensibilidad pedagógica y compromiso; y que, a su vez, requiere altruismo y reciprocidad de los jóvenes en los vínculos que establecen con adultos (Buber, 1998; Ricoeur, 2005). Nos detenemos ahora en dos importantes efectos que el primer ciclo de don tiene en los receptores.

*La relación orientada al don tiene efectos en la autoestima y en la identidad.* La relación de confianza que los jóvenes establecen con sus educadores les permite

conocerse y aceptarse como sujetos comprometidos a otros. Un proceso que fortalece el autoconcepto, ya que permite al joven experimentar aprecio y estima, integrar experiencias vitales y desarrollar la personalidad moral. El ciclo de don que comienza en la relación constituye un entramado de intercambios educativos que invitan a los jóvenes a descubrir sus capacidades, plantearse proyectos vitales y asumir los retos necesarios para conseguirlos.

*El ciclo de don en la relación permite al sujeto sentirse digno y capaz de dar.* En una pedagogía orientada al don, el educador cree en el sujeto y le atribuye valor. En consecuencia, el joven percibe que merece ese don, que el adulto no se lo ofrece por obligación, sino porque cree en sus capacidades. La relación de don humaniza al joven, que puede sentirse digno, sujeto de confianza y de reconocimiento. Sentirse digno conduce a una disposición para dar. Una posibilidad de retornar parte de lo aprendido, que es el germen de un segundo momento del don que se concreta en el servicio.

Si bien este primer ciclo fortalece la identidad, por sí solo no es suficiente para promover una pedagogía del don. Es necesario invitar a los jóvenes a contribuir en la mejora de la comunidad. Algo que, como veremos a continuación, se materializa en el ciclo de don orientado al servicio.

### *Servicio y don: acción altruista y participación comunitaria*

El servicio sitúa a los jóvenes como protagonistas de la donación, capaces de promover procesos de transformación en la comunidad. Este ciclo se materializa en acciones altruistas, como compartir tiempo en un proyecto colectivo, participar en una cadena de cuidados, ofrecer espacio de escucha a personas que lo necesitan, contribuir en procesos formativos de otras personas, comprometerse en acciones de sensibilización y participar en espacios críticos de transformación social (García Roca, 2012 y 2017).

Una pedagogía del don que invita al servicio permite a los jóvenes hacer circular bienes simbólicos que vivieron como receptores, convirtiéndoles en generadores de procesos de dignidad y reconocimiento, mientras trabajan a favor de la comunidad.

El compromiso en acciones orientadas al bien común fortalece la autoestima, amplía la identidad como donadores y conduce a mayores cotas de autorrealización y convivencialidad. De esta manera, los jóvenes fortalecen capacidades y crean capital social al tejer nuevas relaciones con la comunidad. Aunque resulte paradójico, a mayor participación en acciones de donación, más se fortalece el proceso de formación (Caille, 2007a). Una pedagogía del don busca crear una cultura de

donación que promueva procesos de cambio que no se guíen por el interés individualista, sino por la voluntad de implicarse en un intercambio de dones y ayuda mutua. Destacamos a continuación dos elementos especialmente relevantes del segundo ciclo de don.

*La donación altruista activa procesos de emancipación.* Una pedagogía del don permite a los jóvenes poner en juego sus capacidades por medio de acciones y proyectos de servicio. Los jóvenes implicados en acciones altruistas desarrollan una mayor capacidad de autonomía y análisis crítico, descubren que los aprendizajes tienen un uso social y asumen compromisos colectivos para conseguirlos. La donación les permite orientarse hacia su propia emancipación generando redes de solidaridad. En definitiva, este ciclo de don forma la personalidad y conduce a una mayor autorrealización responsable y comprometida.

*El servicio invita a una acción común transformadora.* La donación pasa por la acción, es decir, requiere actos concretos en los que poner capacidades, saberes y competencias al servicio de los demás. No se trata de tener una idea, una buena intención o expresar indignación ante situaciones de injusticia. El don implica diseñar un plan, dedicar tiempo y acciones para desarrollarlo y participar de forma singular en la construcción de un mundo común. La donación permite sentirse miembro de la colectividad mientras se participa en ella para mejorarla. En este segundo ciclo de don los sujetos se comprometen junto con otras personas con el objetivo de transformar la comunidad. Contribuir a un mundo común es la mejor oportunidad de ejercer la ciudadanía.

#### DON Y CULTURA MORAL

Hemos visto como la teoría del don forma parte de las relaciones sociales y también como el don puede tener un espacio significativo en el ámbito pedagógico. El primero y el segundo ciclo del don configuran un sistema educativo complejo que, por un lado, da respuesta a las necesidades de quien se educa, ya sea protegiéndole o acompañándole, y por otro lado le prepara para la acción transformadora en el entorno, un elemento quizás algo olvidado en la escuela.

Sin embargo, para que la pedagogía del don cumpla con su función formativa es imprescindible traducirla en prácticas que sitúen al educando en un círculo de relaciones de ayuda y de colaboración; prácticas que apunten de manera directa al ejercicio del altruismo y que reconozcan a las personas en formación como personas capacitadas para dar. Como cualquier propuesta educativa, también la teoría del don requiere un diseño pedagógico intencional que no abandone al azar la creación de vínculos personales y el ejercicio de la ciudadanía. La intervención educa-

tiva puede y debe garantizar que el educando recibe las ayudas necesarias para un crecimiento armónico, pero también que se le dará la oportunidad de descubrirse como persona digna que tiene algo que aportar a los demás.

En esta última parte del artículo, veremos cómo la escuela puede generar entornos socializadores que favorezcan la pedagogía del don. Para ello vamos a abordar dos elementos: el rol de los educadores y las prácticas que cristalizan las finalidades de cada uno de los dos ciclos del don.

### *La acción educativa en el primer ciclo del don*

El primer cometido de los educadores cuando ponen en juego prácticas del primer ciclo del don consiste en proporcionar a los jóvenes las ayudas que necesitan. Se trata de la función más genuina del rol educativo: acompañar al otro en su proceso formativo; un acompañamiento que, como hemos visto, exige proximidad, confianza y respeto. Vamos a subrayar tres tareas propias del docente que favorecen la creación de relaciones personales con los educandos.

*Cuidar y proteger.* Para transmitir al joven seguridad y confianza es necesario que el adulto deje de verle exclusivamente como un alumno y le considere en su red de relaciones, que se interese y se implique en ámbitos de su vida que no son estrictamente académicos (Funes, 2010). La complicidad y el afecto, además de facilitar la creación y consolidación del vínculo personal, permiten al adulto ayudar al joven a compartir momentos delicados, gestionar conflictos, asumir dificultades o expresar satisfacción. El adulto también acompaña cuando ayuda a diseñar planes de futuro realistas y atractivos. Cuidar, animar y proteger son tareas complementarias de una intervención educativa que no se desentiende del bienestar de la persona en formación.

*Acoger sin condiciones.* La actitud educativa que mejor expresa el primer ciclo del don es la acogida incondicional (Rogers, 2002), la disponibilidad del adulto para atender desinteresadamente al educando cuando este lo necesita. El docente se esfuerza por transmitir al joven que puede contar con él sin estar obligado a devolver nada a cambio, y que su relación no depende de elementos externos, ni siquiera de las reacciones o los altibajos que este pueda tener. Parafraseando a Esquirol (2018) podemos decir que la actitud generosa tiene que ver más con dar lo que uno es que con lo que uno tiene. Gratuidad, generosidad, desinterés y altruismo se funden en el hacer del educador, que orienta su acción al darse a los demás con el objetivo de sacar lo mejor de cada persona.

*Favorecer la libertad en la relación.* El afecto y la confianza, indispensables para ayudar al educando a desarrollar todo su potencial, no pueden ser un freno a su

autonomía. La relación personal vincula, pero no retiene ni ata. El educador no la usa para manipular o dirigir la conducta del educando, sino que respeta la distancia necesaria que permita al otro sentirse libre para tomar las decisiones que considere oportunas, convencido de que las discrepancias con el educador no alteran la relación.

### *Tutoría individualizada*

Una práctica educativa que concreta el primer ciclo de don es la tutoría individualizada presente en la mayoría de centros escolares y socioeducativos. La tutoría individualizada –un recurso esencial de la acción tutorial– es el espacio de relación personal por excelencia en el que un adulto y un joven se juntan para compartir información, para dialogar, para valorar los progresos, también para reflexionar y tomar conciencia de la situación en la que se encuentra, para compartir sus preocupaciones y apuntar nuevos retos o para redirigir comportamientos y actitudes que le perjudican.

Cuando el adulto es capaz de regalar a los jóvenes su reconocimiento, su confianza y su esperanza en que serán capaces de alcanzar el mayor éxito personal posible, se está actualizando el primer ciclo de don. El don que ofrece el adulto será efectivo en la medida que el joven pueda aceptar la ayuda y logre devolver de algún modo el regalo, algo que, a veces, llega un tiempo después.

Para conseguir estos objetivos la tutoría individualizada cuenta con un tiempo previsto regularmente, que se modifica en función de las necesidades del joven. Algunos elementos que la facilitan son: disponer de un lugar tranquilo que permita el diálogo sin distracciones externas y que ambos interlocutores se sitúen a una distancia cercana que favorezca la comunicación. El compromiso mutuo de respeto y un pacto implícito de confidencialidad están en la base de esta práctica. Entre los recursos materiales que deben formar parte de la tutoría individual destacan: los contratos entre tutor y estudiante en los que ambos adquieren por escrito un compromiso; los registros de los encuentros con la familia u otros profesores implicados en la formación del educando; o pautas de observación que aporten información para la siguiente tutoría (Giner y Puigardeu, 2008).

Asumir la función de tutor exige al adulto un esfuerzo por conocer, comprender y aceptar la personalidad del alumno, pero también las condiciones que le rodean y el momento por el que atraviesa. Conectar con él y ganarse su confianza resulta un factor definitivo para poder ayudarle.

El potencial formativo de esta práctica ha generado distintas modalidades que enfatizan determinados aspectos. Entre las más destacadas encontramos las

tutorías compartidas, o co-tutorías, en la que dos o más docentes se implican en la tutorización individual de los miembros de un grupo-clase.

### *La acción educativa en el segundo ciclo del don*

Las funciones que los educadores asumen en las prácticas del segundo ciclo del don son distintas de las que caracterizan su acción en las prácticas de cuidado. Si en aquellas buscaban establecer una relación positiva con la persona en formación, en las prácticas del segundo ciclo su intervención se orienta a poner al educando en contacto con el exterior, a ayudarlo a salir del entorno más íntimo y seguro, y, sobre todo, a generar situaciones en las que este pueda ejercer su ciudadanía ofreciendo un servicio a la comunidad. Las prácticas del segundo don priorizan lo común, impulsan al educando hacia el exterior y buscan vincularle a una red de relaciones sociales que va más allá del rol de alumno. Destacamos tres tareas singulares del educador en estas prácticas.

*Reconocer la capacidad del joven para dar.* Un elemento común en las prácticas cooperativas es que los adultos no se limitan a proporcionar a los educandos los refuerzos que necesitan, sino que también les piden ayuda para que se impliquen en la solución de problemas que van más allá de sus intereses individuales. Los educadores se distancian de miradas pedagógicas centradas en las debilidades de los jóvenes y, por el contrario, les reconocen como personas dignas y capaces de dar (Martín, Puig y Gijón, 2017). Reconocer no es sólo confiar en el talento de las personas en formación, sino activar su capacidad para aportar algo de valor a los demás.

*Implicarse en la búsqueda de entidades colaboradoras.* Dado que las prácticas del segundo ciclo del don son prácticas de ciudadanía, una parte de la actividad de los adultos consiste en buscar entidades, organizaciones o espacios físicos que permitan a los educandos comprometerse en tareas de ayuda a terceros. La calidad de la acción que cada entidad propone y las posibilidades que el grupo tiene de asumirlas son factores que el adulto debe valorar. Trascender el ámbito escolar y poner a los jóvenes en contacto con otras realidades resulta un elemento decisivo para que estos desarrollen la empatía y el altruismo (Singer, 2017), pero también para que amplíen su conocimiento social, tomen conciencia de las necesidades de su comunidad y, finalmente, se comprometan mediante la acción en la mejora de alguna de ellas.

*Velar por la dimensión ética de la práctica.* Los educadores ayudan al grupo a descubrir la dimensión ética de su acción, a plantearse cuál es su sentido, a cuestionarse las necesidades sobre las que se interviene, a valorar el impacto que la actividad tiene en el entorno y, especialmente, a tomar conciencia de la capacidad

transformadora de la acción cuando se pone al servicio del bien común (Martín, 2016). La actividad reflexiva mantenida a lo largo de la práctica resulta imprescindible para descubrir y construir progresivamente el sentido personal y social de la acción en beneficio de un tercero, así como para poner en valor el vínculo social que articula y transforma una comunidad.

### *Aprendizaje servicio*

Entre las prácticas escolares que conectan de manera directa con las finalidades del segundo ciclo del don encontramos el aprendizaje servicio, una propuesta formativa que concibe el altruismo no como valor a enseñar sino como práctica de donación a vivir. El diseño y desarrollo de cada actividad concreta permite integrar acciones de don en el marco de un aprendizaje sistemáticamente planificado. En este caso, cada joven participa en una actividad de ayuda a su comunidad que no es sino el ofrecimiento de un don, que la comunidad acepta y devuelve reconociendo la tarea a los jóvenes que se han implicado. Un circuito completo de don, en este caso protagonizado por los educandos.

Al hablar de aprendizaje servicio nos referimos a una propuesta educativa que combina en una sola actividad el aprendizaje de contenidos, competencias y valores con la realización de tareas de servicio a la comunidad. Un proyecto en el que los participantes se forman al enfrentarse a necesidades reales de su entorno social con el objetivo de mejorarlo. Trabajan en favor de la comunidad y, a la vez, se forman en una doble dirección: aprenden conocimientos curriculares relacionados con la actividad de servicio y además adquieren valores cívicos que se ponen en juego durante la actividad (Puig, 2017).

Ilustramos con dos ejemplos el aprendizaje servicio. El primero, la creación, por parte de alumnado de sexto de primaria, de un itinerario de paisaje a partir de códigos QR y placas informativas que aporta al municipio información relevante sobre la flora y fauna de su medio natural. En el segundo ejemplo, estudiantes de educación secundaria que realizan una investigación sobre el Alzheimer visitan semanalmente una residencia de personas mayores que sufren la enfermedad y preparan actividades de estimulación sensorial orientadas a retrasar el desarrollo del Alzheimer.

En ambas actividades el conocimiento que adquieren los jóvenes se utiliza para mejorar la comunidad, y el servicio que realizan se convierte en una experiencia de aprendizaje que les proporciona conocimientos y valores. Aprendizaje y servicio quedan vinculados por una relación circular en la que ambos elementos se refuerzan: el aprendizaje adquiere sentido cívico y el servicio se convierte en un taller de valores y saberes (Tapia, 2006; Furco, 2013; Puig *et al.*, 2015).

El aprendizaje servicio favorece la adquisición de contenidos y competencias, la participación cívica, la educación en valores, el desarrollo personal y los procesos de socialización, a través de la implicación activa de las personas en formación en la realización de servicios comunitarios y de aprendizaje sistemático.

## CONCLUSIONES

Iniciamos el artículo preguntándonos cómo dar cuenta de la formación moral y ciudadana y, en cierto modo, cómo explicar la génesis del lazo social, sin basarnos en la presión social o en el interés individual como motores de la conducta y la formación humanas. Respondimos al hilo de los trabajos de Marcel Mauss y de sus seguidores señalando la voluntad de dar, el don, como un dinamismo que puede ayudarnos a explicar el lazo social y la formación humana.

Con el objetivo de dar a conocer y contribuir a incorporar la pedagogía del don en el ámbito educativo, hemos desarrollado nuestra aportación sobre el doble ciclo de don, que opera en el proceso educativo. Tanto la dimensión más teórica como la dimensión más práctica se nutren de las reflexiones surgidas en la investigación realizada en entidades socioeducativas, a la que nos hemos referido en el apartado sobre metodología. Un primer ciclo de don que se vehicula a partir de la relación de ayuda de los educadores hacia los educandos; luego, un segundo ciclo imprescindible que nos permite afirmar que la formación no concluye, si es que en algún momento puede darse por terminada, sin que los educandos impulsen un segundo ciclo de don en favor de la comunidad o algunos de sus miembros. Sin haber contribuido al bien común no se han vivido todas las experiencias imprescindibles para una formación completa.

Posteriormente, y para no quedar en una formulación tan solo teórica de este punto de vista, se ha concretado el rol que deben tomar los formadores en cada uno de estos momentos, así como también el tipo de prácticas educativas que concretan metodológicamente los dos ciclos de don del proceso educativo. Se ha mostrado en qué medida el universo de la tutoría y el del aprendizaje servicio concretan acertadamente cada uno de los ciclos del don.

Quedan para estudios posteriores nuevos trabajos que den cuenta de cómo la pedagogía del don se concreta en distintos ámbitos educativos. No sólo en el de la educación social (donde ya hemos recogido experiencias), sino también en el del ámbito escolar y en la educación no formal. Tanto la dimensión más teórica como la dimensión más práctica se nutren de las reflexiones surgidas en nuestra investigación sobre las entidades socioeducativas a las que nos hemos referido en el apartado sobre metodología.

Fecha de recepción del original: 4 de diciembre 2018

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 3 de mayo 2019

## REFERENCIAS

- Becker, G. S. (1984). *El capital humano*. Madrid: Alianza.
- Bentham, J. (2008). *Los principios de la moral y la legislación*. Buenos Aires: Claridad.
- Buber, M. (1998). *Yo y tú*. Madrid: Caparrós Editores.
- Caillé, A. (2003). *Critique de la raison utilitaire*. París: La Découverte.
- Caillé, A. (Dir.) (2007a). *La quête de reconnaissance*. París: La Découverte.
- Caillé, A. (2007b). *Anthropologie du don*. París: La Découverte.
- Caillé, A. y Chanial, P. (2010). *La gratuité. Éloge de l'inestimable*. París: La Découverte.
- Caillé, A. (2014). *Anti-utilitarisme et paradigme du don. Pour quoi?* París: Le Bord de L'eau éditions.
- Chanial, P. (Dir.) (2008). *La société vue du don*. París: La Découverte.
- Derrida, J. (1991). *Donner le temps. La fausse monnaie*. París: Éditions Galilée.
- Descombes, V. (1996). *Les institutions du sens*. París: Minuit.
- Dugatkin, L. A. (2007). *Qué es el altruismo*. Buenos Aires: Katz.
- Escalante, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. Madrid: Turner.
- Esquirol, J. M. (2018). *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*. Barcelona: Acantilado.
- Funes, J. (2010). *9 ideas claves. Educar en la adolescencia*. Barcelona: Graó.
- García Roca, J. y Mondanza Canal, G. (2002) *Jóvenes, universidad y compromiso social*. Madrid: Narcea.
- García Roca, J. (2017). *Recrear la solidaridad en tiempos de mundialización*. México: Sistema Universitario Jesuita-Cátedra Eusebio Francisco Kino Sj.
- Giner, A. y Puigardeu, O. (2008). *La tutoría y el tutor. Estrategias para su práctica*. Barcelona: Horsori.
- Giobellina, F. (2009). Estudio preliminar. En M. Mauss, *El ensayo sobre el don*. Buenos Aires: Katz.
- Godbout, J. T. (1997). *El espíritu del don*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Godbout, J. T. (2007). *Ce qui circule entre nous*. París: Seuil.
- Godbout, J. T. (2013). *Le don, la dette et l'identité*. París: La Découverte.
- Godelier, M. (1998). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.
- Hayek, F. A. (2008). *Camino de servidumbre*. Madrid: Unión Editorial.
- Kropotkin, P. (2016). *El apoyo mutuo*. Logroño: Pepitas de calabaza.

- Lévinas, E. (2000) *Totalidad e infinito*. Madrid: La balsa de la medusa.
- Martín, X. (2016). *Proyectos con alma. Trabajo por proyectos con servicio a la comunidad*. Barcelona: Graó.
- Martín, X., Puig, J. M. y Gijón, M. (2017). *Reconèixer per educar. Com incorporar l'aprenentatge servei a l'educació social?* Barcelona: Fundació Jaume Bofill.
- Martín, X., Puig, J. M. y Gijón, M. (2018). Reconocimiento y don en la educación social, *Edetania*, 53, 45-60.
- Mauss, M. (2009). *El ensayo sobre el don*. Buenos Aires: Katz.
- Mill, J. S. (2002). *El utilitarismo*. Madrid: Alianza.
- Mulhall, S. y Swift, A. (1996). *El individuo frente a la comunidad*. Madrid: Temas de Hoy.
- Puig, J. M., Batlle, R., Bosch, C. y Palos, J. (2007). *Aprendizaje servicio. Educar para la ciudadanía*. Barcelona: Octaedro.
- Puig, J. M. (Coord.) (2015). 11 ideas claves. *¿Cómo realizar un proyecto de Aprendizaje Servicio?* Barcelona: Graó.
- Ricoeur, P. (2005). *Caminos del reconocimiento*. Madrid: Trotta.
- Rogers, C. (2002). *El proceso de convertirse en persona*. Barcelona: Paidós.
- Singer, P. (2017). *Vivir éticamente. Cómo el altruismo eficaz nos hace mejores personas*. Barcelona: Paidós.
- Tapia, M. N. (2006). *Aprendizaje y servicio solidario en el sistema educativo y las organizaciones juveniles*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.
- Tomasello, M. (2010). *¿Por qué cooperamos?* Buenos Aires: Katz.
- Waals, F. de (2007). *Primates y filósofos*. Barcelona: Paidós.
- Waals, F. de (2011). *La edad de la empatía*. Barcelona: Tusquets.